

Capítulo 1

-No puede ser —dijo Arsenio con los ojos fijos en la bolsa de terciopelo negro que reposaba abierta sobre su escritorio.

La luz del amanecer entraba en la biblioteca a través de la ventana, bañando los muebles y los libros en su resplandor nacarado. Sobre el sofá, la capa negra de Arsenio parecía una gran mancha de tinta china. Acababa de llegar a casa, y aún llevaba puesto su sombrero de copa, su elegante esmoquin negro y sus guantes blancos.

—No puede ser —repitió casi en un susurro.

Lo que había sobre la mesa del escritorio era el fruto de un mes de trabajo. Arsenio venía de trabajar, por eso llevaba puesto todavía el uniforme de su oficio. No, no era camarero, a pesar de su esmoquin negro; ni bailarín de claqué, a pesar de su sombrero de copa. Era un ladrón de guan-

te blanco; el mejor ladrón de guante blanco de la ciudad.

Como todo el mundo sabe, la ciencia criminalística clasifica a los ladrones en tres grandes grupos:

1. Los ladrones de guante blanco, que son muy elegantes y no utilizan la violencia.

2. Los ladrones de guante negro, que suelen llevar la cara tapada y se dedican a atracar bancos y joyerías, apuntando con sus pistolas a todo el mundo.

3. Los ladrones sin guantes, que roban por impulso, sin preparar sus golpes, y van dejando sus huellas por todas partes.

A estos tres grupos, algunos expertos criminalistas añaden otro más, el de los ladrones de guantes de colores, que serían los más extraños e imprevisibles de todos.

Bueno, el caso es que Arsenio era un ladrón de guante blanco. Podría haber sido otras muchas cosas, ya que tenía grandes cualidades para diversos oficios, por ejemplo: podría haber

sido inventor o profesor de matemáticas, porque era muy trabajador y sumamente inteligente; y también podría haber sido actor de cine si hubiera querido, porque, con su esbelta figura, su pelo castaño y sus grandes ojos azules, la gente solía considerarle un tipo atractivo. Sin embargo, había elegido la profesión de ladrón de guante blanco porque le gustaba de un modo especial. Y es que Arsenio se tomaba su trabajo muy en serio: solo robaba objetos extremadamente valiosos, y solo se los robaba a gente muy rica, muy rica, gente que tenía tantas cosas valiosas que casi ni se daba cuenta de que le habían robado. Robaba tan bien y con tanto arte, que la policía jamás había sido capaz de pillarle. Planeaba perfectamente cada uno de sus golpes, y no dejaba nada al azar. Abría las puertas con una ganzúa especial de su invención que no estropeaba las cerraduras y, gracias a sus guantes blancos, no dejaba ni una sola huella. Era un especialista en abrir cajas fuertes de todo tipo. De una manera o de otra, siempre se las arreglaba para adivinar su combinación. En resumen, era un ladrón fabulo-

so, y su larga carrera de éxitos profesionales le había llevado a reunir una considerable fortuna. Con ese dinero se compraba libros y billetes de avión para viajar por todo el mundo; pero también destinaba una parte a ayudar a las personas necesitadas, como hacía Robin Hood, su héroe, que, aunque nunca fue un ladrón de guante blanco, porque en aquella época aún no se habían inventado los guantes blancos especiales para robar, sí que fue un ladrón bastante hábil y muy generoso con los pobres.

Esa mañana, Arsenio venía de robar las joyas de la famosa condesa de Tellington. Había trepado por la fachada de su mansión, había forzado la ventana del despacho y había ido directamente hacia la caja fuerte, que se encontraba oculta detrás de un reloj de pared. La combinación de la caja era la fecha del cumpleaños de la condesa, tal y como él había supuesto. Sabía que la condesa no tenía demasiada imaginación, y también que últimamente le estaba fallando la memoria, por lo que seguramente habría elegido un número para su caja fuerte especialmente fácil de

recordar. ¿Y qué es más fácil de recordar que la fecha de tu propio cumpleaños? Ese había sido el razonamiento de Arsenio, que, antes de dar el golpe, había ido a la hemeroteca pública para consultar la fecha de nacimiento de la condesa: la fecha era el dos del dos de 1942; y esa resultó ser, también, la combinación de su caja fuerte.

Quizá estéis pensando que esa forma de averiguar las combinaciones de las cajas fuertes de la gente no parece demasiado científica. Es verdad. Pero Arsenio tenía una gran experiencia y sabía lo que hacía. Su método consistía en estudiar la psicología de sus futuras víctimas. Estudiaba sus vidas, la expresión de su cara, sus virtudes y sus defectos, sus actividades y su personalidad. Y luego, a partir de todos esos datos, deducía la combinación de su caja fuerte. Casi nunca fallaba. Era un estupendo psicólogo, además de un hábil ladrón.

Lo cierto es que estudiar a la condesa de Tellington durante un mes no había sido una tarea demasiado agradable. La condesa era una mujer espantosa. No es que fuera fea; para tener sesen-

ta y cinco años, se conservaba admirablemente. Pero siempre estaba furiosa o deprimida por algo, y tenía la expresión más amargada que Arsenio había visto jamás. Reñía constantemente a su cocinero y a su chófer. Reñía por teléfono a sus hijos, a sus abogados, a sus administradores y a las autoridades municipales. Utilizaba Internet para reñir a sus nietos por correo electrónico, pues estos estaban tan hartos de sus regañinas que ya casi nunca le cogían el teléfono. Y, por supuesto, a la que más reñía de todas era a su nieta Cecilia, que estaba pasando el verano con ella mientras sus padres arreglaban los papeles del divorcio.

En definitiva, seguir los pasos de aquella señora tan regañona durante un mes había sido un verdadero martirio para Arsenio. Cuando la condesa se enfadaba, sus gritos resultaban insupportables, y hasta cuando estaba sola se dedicaba a quejarse y a gruñir constantemente. Así que, esa mañana, Arsenio se sentía muy contento de haber terminado por fin con aquel trabajo. Tenía en su poder todas las joyas que contenía la caja



fuerte de la condesa, y eso significaba que no se vería obligado a seguirla ni a soportar sus gritos nunca más.

Felizmente, después de tantas penalidades había llegado el glorioso momento de examinar el botín. Las joyas de la condesa de Tellington eran famosas en el mundo entero, y ahora Arsenio las tenía en su poder. En la mansión, a oscuras, no había tenido tiempo de fijarse en ellas; sencillamente se había limitado a volcar todo el contenido de la caja fuerte en su bolsa de terciopelo negro. Pero ahora, por fin, podía disfrutar a sus anchas del premio a tantas semanas de esfuerzo. Sobre el escritorio, la bolsa de terciopelo, abierta, dejaba ver su contenido de perlas, diamantes y todo tipo de piedras preciosas. Una auténtica fortuna...

Pero había algo más; algo que Arsenio no había visto nunca en su larga carrera de ladrón. Unas piedras maravillosas, deslumbrantes, distintas a todas las demás piedras. Unas piedras más hermosas que los diamantes, más delicadas que las perlas, más resplandecientes que los zafi-

ros. Dos piedras que tan pronto parecían azules como verdes, violetas o rojas, con ese rojo de fuego de los rubíes. Dos piedras mágicas. Arsenio había leído mucho sobre ellas, pero jamás había tenido ninguna en su poder. Por eso no podía saber con absoluta certeza lo que eran, aunque estaba casi seguro.

Dos «instantes perfectos». Así se llamaban las piedras preciosas más raras y valiosas del mundo.